

Federico Lorenz, *Cenizas que te rodearon al caer. Vidas y muertes de Ana María González, la montonera que mató al jefe de la Policía Federal*. Sudamericana, Bs. Aires, 2017

*Cenizas que te rodearon al caer. Vidas y muertes de Ana María González, la montonera que mató al jefe de la Policía Federal* es un interesante libro del historiador Federico Lorenz que recorre la historia de vida de Ana María González y, a través de ella, una época. Lorenz problematiza las ideas fuerza de los años setenta visibilizando la condición humana de los militantes de entonces, historiza la violencia del periodo y reflexiona sobre los silencios que aún perduran sobre ese período. Se trata de un aporte invaluable para quienes estén interesados en la historia argentina reciente y, particularmente, para quienes busquen comprender, de manera compleja, la violencia de los años setenta y, a su vez, reflexionar sobre las memorias y olvidos contruidos.



El libro fue elaborado en el lapso de diez años a través de un profundo análisis documental (medios gráficos, discursos de los perpetradores de la dictadura, archivos de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires, entre otros) y con numerosas entrevistas realizadas principalmente a quienes compartieron con Ana María González la vida escolar, el

trabajo y la militancia. Lorenz señala la imposibilidad de recoger tanto el testimonio de sus familiares como el relato de los allegados al asesinado Cesáreo Cardozo.

La obra se compone de 18 capítulos. En el primero de ellos, “Esta Historia”, el autor reseña el hecho protagonizado por Ana María González en junio de 1976, el atentado al primer jefe de la Policía Federal de la dictadura militar. En el capítulo siguiente, “Buenos Aires, 18 de junio de 1976” describe el vínculo de amistad que Ana entabló con Chela, quien era compañera suya de estudios y, además, hija de Cardozo. Es esta relación la que le permite ingresar al departamento ubicado en Zabala 1762, una de las zonas más ricas de la ciudad de Buenos Aires, y colocar bajo la cama del general un explosivo construido de forma casera con encendido electromecánico.

En el siguiente capítulo, “Anita”, Lorenz reseña los estudios de Ana en el colegio San Francisco de San Isidro y sus inicios en la militancia barrial hacia 1973. Antes de continuar con la construcción de esta historia de vida, presenta el capítulo “La Montonera en los diarios” donde analiza medios gráficos como La Razón, Clarín, Gente y Somos. Sostiene que lo que sabemos de Ana María González es lo que dijeron sus enemigos. Inmediatamente después del atentado, estos y otros medios difundieron información detallada sobre el hecho y Ana se transformó en una de las personas más buscadas de la Argentina. En el discurso de los medios y de los militares su figura encarnó el mal, la amenaza a la familia y a la patria, relacionada directamente con Montoneros, la contracara de los “hijos sanos” de la sociedad. De esta manera “el atentado fue



percibido (...) como un formidable elemento de cohesión propagandística para el gobierno militar”<sup>1</sup>.

En el siguiente capítulo, “Una piba de punta chica”, Lorenz profundiza su descripción sobre la biografía de Ana María González e intenta recuperar las voces de quienes compartieron los estudios, el trabajo y la militancia. En sus palabras, Ana María González es retratada por quienes la conocieron como “llamativa, estudiosa, solitaria, discutidora, ordenada”<sup>2</sup>. Reconstruye especialmente sus días de estudio de magisterio en el Normal 10 del Barrio de Belgrano, donde conoce a Chela, y de militancia en los barrios del conurbano norte. Este último aspecto se desarrolla aún más detalladamente en el capítulo siguiente, “El territorio”, donde vincula los primeros pasos de Ana María como militante de base con el contexto político social de principios de los años setenta, las ideas fuerzas de entonces y el crecimiento vertiginoso de la organización Montoneros. La confluencia de clases sociales en la militancia barrial, la lucha armada concebida desde una perspectiva romántica y el hecho de ser joven, mujer y militante, son algunos de los temas abordados en esta parte del libro.

El siguiente capítulo, “Los ojos y oídos del pueblo”, aborda el proceso a través del cual comienza a gestarse el operativo que, a través del vínculo con Chela, permitiría el acceso de Ana a su hogar y el posterior asesinato de Cardozo. En el desarrollo del capítulo, Lorenz considera ciertos factores que influyeron en la decisión de Ana María González de protagonizar este hecho: los lazos afectivos

construidos con sus compañeros de organización, la militancia como grupo de pertenencia y sus propias convicciones. Así, vislumbra a Cardozo como la representación del poder represivo de la dictadura militar. Deshumaniza su figura y, en ese proceso, se deshumaniza también a ella misma, entendiéndose como el brazo ejecutor de Montoneros.

En el capítulo siguiente, “La tocada”, el autor narra el secuestro de Ana María González ocurrido sólo unos días antes de que protagonizara el atentado contra Cardozo, y su liberación por haber mencionado su vínculo con el Jefe de la Policía Federal. Aquí, recorre las tensiones al interior de las fuerzas y al interior de Montoneros, con los debates suscitados a partir de la decisión de continuar con el plan aún luego de la detención.

Después del atentado, Ana María González se convirtió en la mujer más buscada del país. El capítulo “La cacería”, relata los esfuerzos de las diversas fuerzas para encontrarla y las versiones de los medios de comunicación sobre su paradero. Lorenz analiza los discursos construidos en relación a la figura de Ana luego del atentado, recupera los testimonios de sus compañeros de militancia de base y de estudio.

En el capítulo siguiente, “La única desviación correcta”, abarca el proceder de Montoneros, el alejamiento de sus bases sociales y la profundización de su militarismo. Lorenz trabaja con dos documentos difundidos públicamente luego del asesinato de Cardozo. Ambos tenían el objetivo de revelar la fragilidad de los militares, la capacidad de la guerrilla para dañarlos cuando y donde quería. Así, analiza un “parte de guerra” y una carta firmada por Ana María González, quien luego, el 24 de julio de 1976, daría una

<sup>1</sup> Ibid., 38.

<sup>2</sup> Ibid., 58.



conferencia de prensa clandestina junto con el jefe montonero Horacio Mendizábal. La misma es estudiada en el capítulo “Uno de los peores sacrificios”. Reproducida por numerosos medios del exterior, la conferencia explicitaba la versión de los hechos desde la perspectiva de Montoneros y mostraba su acción militar a través de la exposición de las armas de la guerrilla. Ana María González pasó de ser una simple militante territorial a convertirse en la “heroína de la orga”, sumergiéndose así en la clandestinidad más absoluta, dejando de lado sus afectos, sus relaciones personales y los ámbitos que había transitado a lo largo de su vida.

En el siguiente capítulo, “Los hijos de la comodidad”, Lorenz analiza cómo el atentado por Ana permitió reforzar la perspectiva castrense en torno a la juventud, uno de sus blancos estratégicos. Las autoridades militares, la iglesia y los medios de comunicación erigieron discursos donde se explicitaba la necesidad de disciplinar a los jóvenes para evitar la “infiltración subversiva”, llamaban a las familias a controlar a sus hijos, apuntaban a revisar los valores de la sociedad y a realizar cambios profundos en la educación. Luego, en “Ojo por ojo” aborda las detenciones y asesinatos que siguieron al asesinato de Cardozo y afirma que la acción de Ana fue un “fracaso político” debido a que reforzó la postura de los militares otorgándoles mayor cohesión.

Después de la conferencia de prensa es difícil reconstruir los días de Ana María González, debido al mundo clandestino en el cual debió sumergirse. Esto es trabajado en el capítulo “Guardada” donde se vincula su clandestinidad no solo con la intención de garantizar su seguridad sino

principalmente con las consecuencias simbólicas que acarrea el hecho de que los militares no pudieran encontrarla.

El capítulo “Un tiroteo en San Justo” reconstruye los hechos ocurridos la mañana del 4 de enero de 1977. Ana María González iba con su novio en un auto y fueron presa de un control militar. Inicialmente lograron evadirlo, pero se desarrolla un tiroteo y allí Ana habría sido herida de muerte. Las fuerzas de seguridad y la sociedad en su conjunto se enteraron de la muerte de Ana María González dos meses después del tiroteo. El 27 de mayo de 1977 fue secuestrado en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) el novio de Ana María González. Es a través de su paso por este centro clandestino y de los testimonios de sobrevivientes que compartieron cautiverio con él que Lorenz redacta “Los finales de Ana María González”.

Las versiones sobre la muerte de Ana coinciden en determinar que la misma fue consecuencia de las heridas del tiroteo, pero aparecen diferencias en lo que sucedió con su cuerpo. La versión que Lorenz reconstruye con el análisis de los testimonios y trabajando conjuntamente con el Equipo Argentino de Antropología Forense, sostiene que luego del tiroteo Ana fue a la casa de un médico Montonero que no podía curarla. Debían llevarla a un hospital. Pero ella se negó, no quería que los militares logran capturarla. De esta manera muere en la casa del médico, la cual luego es incendiada. El acta de defunción está firmada por un médico policial que afirma que una NN murió incinerada. Esa mujer fue enterrada en el cementerio de San Andrés, pero luego sus restos pasaron al osario y se perdió su rastro.



Probablemente haya sido Ana María González.

Hacia el final del libro, en “Después de su muerte” el autor afirma que de Ana hablaron principalmente sus enemigos. Reflexiona sobre la carencia de contextualización política en los análisis sobre la violencia de la guerrilla y retoma su noción de “vulgata procesista” bajo la cual subsume la perspectiva de quienes han escrito sobre este pasado desde la óptica de las Fuerzas Armadas. Esta literatura, ha instalado una asociación entre guerrilla y “terrorismo” a partir de erigir un juicio moral sobre la violencia sin contextualización. Esta visión, afirma Lorenz, no ha sido cuestionada sino desplazada por una narrativa humanitaria que hace énfasis en las violaciones de los derechos humanos y en las víctimas del sistema represivo.

La obra aquí reseñada representa un aporte significativo al campo de estudios de la memoria y de la historia reciente. Permite pensar la violencia en clave histórica y reconstruir, a partir de una vida, una época. Lorenz analiza los valores predominantes en la militancia de los setenta, los dilemas éticos, los condicionantes y las ideas fuerza de entonces. Aborda el lugar de la violencia y de la muerte, los procesos deshumanizadores y la racionalidad política del periodo. Además, propone una discusión en torno a nuestras memorias y olvidos, y señala los silencios del campo popular en relación a la violencia de las organizaciones guerrilleras. Finalmente, discute las visiones canónicas sobre los hechos e incita al campo académico a desarrollar una perspectiva compleja que contextualice lo sucedido.

Como un acto de justicia, Lorenz escribe este libro, según sus palabras, para

que no sean los enemigos de Ana María González los únicos que hablen de ella y para “luchar en contra de lo que buscó la represión: cortar los hilos de la experiencia social, así como anular hasta el recuerdo de quienes los enfrentaron”<sup>3</sup>. Resta saber si su intervención logrará su propósito.

Martina García

Licenciada en Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Correo electrónico: [martinaeugeniagarcia@gmail.com](mailto:martinaeugeniagarcia@gmail.com)

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, 311.

